



LAS ISLAS FILIPINAS



CENTENARIO DEL 98

PEQUEÑOS TRIUNFOS EN UN AÑO DE DESASTRES



LOS dos combates navales de Santiago de Cuba y Cavite parecen haber concentrado en exclusiva el interés de investigadores y lectores sobre los aspectos navales de la guerra del 98. Pero sin negar su importancia decisiva, no nos parece justo que permanezcan en penumbra muchos otros combates menores de la guerra. Y ello por varios motivos: uno el de su evidente interés, otro el de que fueron mucho más favorables a los españoles que los dos combates mayores y, por último, porque parece penoso que se conozcan hasta simples escaramuzas de otras contiendas que apenas nos afectan, mientras que son generalmente olvidados hechos que no sólo nos conciernen directamente, sino que deberían ser recordados y celebrados con legítimo orgullo.

Para su estudio hemos utilizado fuentes documentales de ambos bandos, ya que existe poca bibliografía, procurando hacer un análisis imparcial de los hechos y conciliar versiones hasta ahora muy distintas de los mismos.

Las fuerzas enfrentadas

Como se recordará, y al mando del jefe del Apostadero de La Habana, contralmirante Manterola, existían unas considerables fuerzas navales destacadas en la isla de Cuba. Su papel en la lucha contra la insurrección cubana había sido muchas veces decisivo desde 1895, tanto al interceptar las llamadas «expediciones filibusteras» de los rebeldes, como en operaciones en cooperación con el Ejército, desde el bombardeo artillero, el transporte de tropas y material o el desembarco de las dotaciones para la lucha en tierra.

Inevitablemente, los tan atareados como poco atendidos buques estaban en malas condiciones operativas cuando estalló el conflicto con los Estados Unidos de los cinco cruceros allí destacados sólo uno podía navegar, estando el resto sometido a reparaciones. La causa había sido la penuria presupuestaria, que hizo que el mes en que estalló la guerra, abril, se debieran hasta once pagas a las dotaciones.

Manterola ordenó concentrar en La Habana a las mayores unidades, y en aquel puerto, y pese a su estado, apoyados en las potentes baterías de costa del puerto, consiguieron durante la guerra distraer a un número mucho mayor de unidades enemigas. Otros, como el heroico crucero *Mercedes* y el cañonero *Alvarado*, prestaron todo su apoyo a la escuadra de Cervera en Santiago, o como el *Sandoval*, defendiendo hasta el final el fondeadero próximo de Guantánamo.

Pero los verdaderos protagonistas de la narración que sigue fueron los llamados pomposamente «cañoneros de tercera clase», en realidad pequeñas lanchas de vapor, sumariamente armadas, y a las que nadie podía pedir mucho más que labores policiales. Sin embargo, al estar diseminados entre los numerosos puertos de la isla con la misión de defenderlos e impedir el contacto de los estadounidenses con los insurgentes, cayó sobre ellos una responsabilidad muy superior a sus fuerzas.

Eran unos 32 barquitos de distintas procedencias: 18 de ellos habían sido construidos en tres grupos de igual número por los astilleros británicos de White y Forrest y por el gaditano de Veá Murguía. Muy parecidos entre sí, desplazaban unas 42 toneladas, hacían 10 nudos y les armaba una pieza de 42 mm a proa y una ametralladora Maxim de 37 mm a popa, hermana mayor de la universal arma de infantería con refrigeración por agua. El resto eran pequeños vapores civiles, comprados en los Estados Unidos o regalados por suscripciones patrióticas o cedidos por sus propietarios a la Armada. Eran de desplazamientos comprendidos entre las 30 y 85 toneladas, armados con diversas combinaciones de piezas de 57, 42 y 37 mm, la mencionada ametralladora o alguna de calibre de fusil. Menos aptos que sus compañeros específicamente diseñados para la tarea, muchos de ellos habían sido desechados antes de la guerra o permanecían con averías.

Con el apoyo de un puñado de cañoneros algo menos pequeños y de algún viejo pontón artillado, debieron hacer frente a una fuerza mucho mayor, pues,

aunque la escuadra de Cervera fijó pronto en Santiago y sus alrededores al grueso enemigo, otras muchas unidades se emplearon preferentemente, o casi en exclusiva, en el bloqueo del resto de las costas cubanas.

La fuerza comprendía, al menos, dos cruceros protegidos, 16 pequeños cruceros, de entre 2.300 y 1.500 toneladas, clasificados casi todos en la Marina estadounidense como *patrol gunboats*, la mayor parte de los once cruceros auxiliares armados por el enemigo, y casi todos los doce torpederos disponibles, uno solo de los cuales, el *Ericsson*, participó en el combate de Santiago, alguno de los cuatro monitores, y la mayor parte de los 74 vapores armados como cañoneros auxiliares. Algunos de ellos, con artillería de mediano calibre, eran verdaderos cruceros auxiliares, hasta de 2.700 toneladas. El resto, generalmente por encima de las 400, eran pequeños vapores, remolcadores, guardacostas y buques del servicio de faros, armados por lo general con piezas ligeras, de entre 57 y 37 mm, y alguna ametralladora.

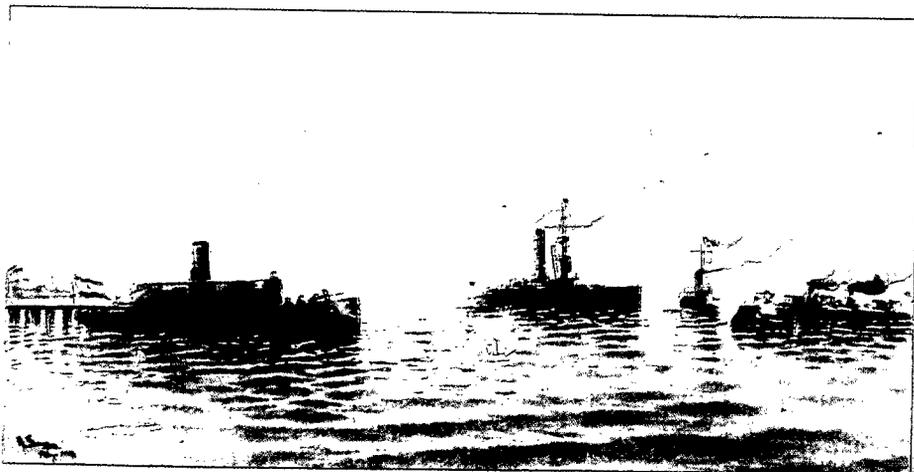
Pese a su número, eran algo insuficientes para la tarea, dada la longitud de las costas cubanas y lo recortado de éstas, con muchos islotes, ensenadas, cayos y puertos naturales. Pero su papel debía ser decisivo en la guerra pues, al ser Cuba deficitaria en alimentos, y tras tres largos años de lucha con las consiguientes destrucciones en sus campos, su guarnición y población se verían condenadas al hambre y a la rendición a poco que se prolongara el bloqueo. Aparte de ello, se esperaba que bombardearan determinados puntos, aislaran a Cuba telegráficamente de España cortando los cables submarinos, efectuaran pequeños golpes de mano y entraran en contacto con las partidas insurrectas.

Todo ello dio lugar a una campaña pocas veces recordada y valorada en toda su complejidad y para la que remitimos al lector a otros trabajos nuestros. Pero baste recordar, como indicio del valor de los forzadores del bloqueo y de las fuerzas sutiles españolas, el que éste se consiguiera burlar en algunas más de las 22 ocasiones que registraron los servicios de información enemigos, a lo largo de una contienda que duró tres meses y medio.

Nuestro interés se centra en dos puertos que registraron los más importantes y disputados combates de esta olvidada campaña, el de Cárdenas, al norte de la isla, y el de Manzanillo, al sur.

Los combates de Cárdenas

En este puerto de aguas someras, tan próximo a la principal base enemiga, Key West, se produjeron algunos de los más encarnizados combates de la guerra. Allí estaban basadas tres cañoneras: la *Alerta*, al mando del teniente de navío Pasquín, la *Ligera* y la *Antonio López*. En los pasos que dan acceso a la bahía se habían fondeado 20 minas, que desgraciadamente fallaron a lo largo de toda la contienda.



Acción de Cárdenas (Cuba) entre el remolcador armado *Antonio López* y el torpedero *Winslow*, el cutter *Hudson* y el cañonero *Wilmington*, el 11 de mayo de 1898. (Oléo de Ildenfonso Sanz. Museo Naval. Madrid).

El 25 de abril vigilaba dicha entrada la *Ligera* (una de las lanchas construidas por Forrest), al mando del teniente de navío Antonio Pérez Rendón, gaditano y veterano, como su buque, de la lucha contra los insurrectos. Cerca de cayo Diana avistó al torpedero *Foote*, al mando del teniente Rodgers, botado en 1896, de 142 toneladas, capaz de 25 nudos, y armado con tres piezas de 37 mm y tres tubos lanzatorpedos. Pronto se abrió el fuego, más rápido por parte americana, pero con mayor peso de granada y alcance por parte española. Sólo uno de los setenta disparos enemigos alcanzó a la cañonera, rompiendo dos candeleros del toldo, sin causar bajas ni otras averías, pero uno o varios de los diez tiros españoles alcanzó al torpedero con efectos mucho mayores, pues el buque, escorado sobre estribor (la banda contraria a la que presentaba al español), se alejó a toda máquina, rehuyendo el combate.

Desconocemos las averías o bajas concretas del torpedero, pues las fuentes norteamericanas son poco claras al respecto, pero debieron ser de entidad para explicar esa retirada frente a un enemigo inferior. De lo que no cabe duda es de que se trataba del *Foote* y no del *Cushing*, como dicen las fuentes españolas.

Al tan afortunado como decidido comandante de la *Ligera* se le concedió la Cruz de María Cristina, entonces sólo inferior a la de San Fernando, mientras el júbilo se desataba en la opinión pública al conocerse el resultado tan favorable del que fue el primer encuentro naval de la guerra.

El 8 de mayo, otro torpedero, el *Winslow*, gemelo del anterior, y al mando del teniente Bernadou, se topó con los tres cañoneros españoles, siendo salvado de correr una suerte aún peor por la intervención del crucero *Machias*.

El 11 del mismo mes, se decidió acabar de una vez por todas con los molestos cañonero; para ello se formó una flotilla compuesta por el mismo *Winslow*; el guardacostas *Hudson*, con dos piezas de 57; el crucero *Wilmington*, de 1.400 toneladas, 15 nudos, ocho cañones de 102 mm, cuatro de 57 y cuatro de 37, con protección en la batería y parcial en la flotación de 1,5 pulgadas, en el que arbolaba su insignia el comodoro Todd, así como el *Machias*, de parecidas características.

Todd penetró en la bahía, ordenando al *Winslow* que explorara su parte Este, mientras el *Hudson* hacía lo mismo al Oeste, los dos apoyados por el *Wilmington*, mientras que el *Machias*, por su superior calado, quedó fuera, desmantelando la abandonada estación de señales de Cayo Diana.

Las lanchas españolas no podían enfrentarse con perspectivas de éxito a semejante avalancha, por lo que la *Alerta* y la *Ligera* buscaron refugio en la orla de peñascos que cierra la bahía, mientras que la *Antonio López*, un remolcador de la Trasatlántica cedido a la Armada, dotado de un solo cañón de 57 mm y con mayor calado, debió hacer frente al ataque fondeada en el embarcadero.

A las 0145 h de la tarde el torpedero avistó a la *Antonio López* rompiendo el fuego inmediatamente, a una velocidad de 12 nudos, con alcances de 1.500 yardas, mientras regulaba sus torpedos. El cañoneo fue pronto vivísimo, pero ya el segundo disparo español hizo blanco en el torpedero, y pronto se sucedieron los impactos, averiando máquinas y calderas, deshaciendo el aparato de gobierno y causando varios incendios. No tardaron en aproximarse el *Hudson* y el *Wilmington*, que aparte del cañonero español, pintado de gris, no divisaban enemigo de entidad como para explicarse lo que estaba sucediendo.

Entonces, y aún ahora, los atacantes creyeron que había en Cárdenas poderosas baterías de costa y que lo sucedido era una trampa. Contribuyó a su confusión el hecho de que se desplegaran en la costa, temiendo un desembarco, la compañía de Infantería de Marina y los trescientos voluntarios que componían la guarnición de Cárdenas, que unieron el fuego de sus fusiles al estrépito general. Lo cierto es que los americanos empezaron a disparar un impreciso y disperso fuego de barraje, creyendo contener a dichas piezas de costa. Resultó, por tanto, inevitable que algunas granadas cayeran en la ciudad, destruyendo el consulado británico, un almacén y varias casas, causando dos muertos y cinco heridos entre la guarnición y población civil.

Mientras el *Hudson* sacaba a remolque al averiado *Winslow*, Todd, juzgando que ya no cabía hacer más, ordenó la retirada. Ésta fue todo un alivio para la *Antonio López*, que ya había consumido todas sus municiones.

El balance del combate fue de cinco muertos, incluido el 2.º del torpedero, alférez Baigley, y tres heridos, entre ellos su comandante Bernadou: Pese a que el buque fue reparado mucho después, en 1901, no debió quedar bien, pues se le relegó a misiones secundarias y causó baja en 1911, nueve años antes que los buques de su serie. El *Hudson* recibió cuatro impactos; y otros

menores debidos a fuego de fusil o a fragmentos de proyectiles; el *Wilmington* recibió otros dos, aparte de metrallazos e impactos de fusil. Al parecer ninguno de los dos sufrió bajas ni averías importantes.

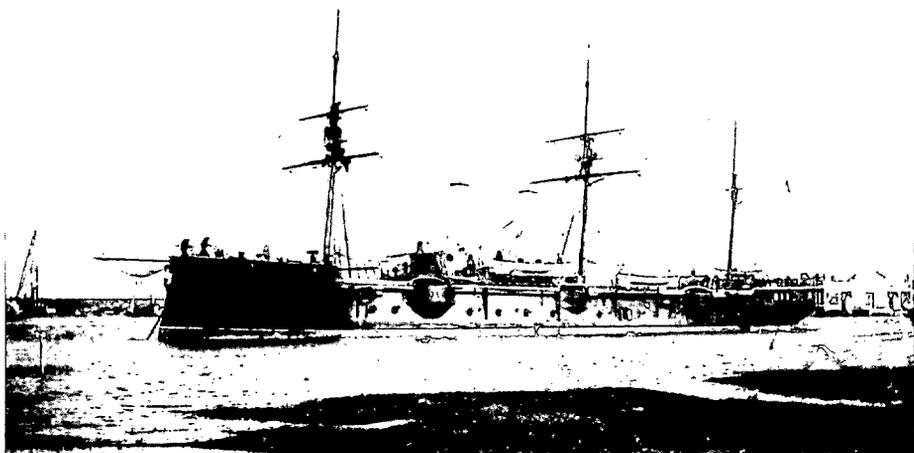
En cuanto a la vencedora, la pequeña *Antonio López*, había quedado acribillada por doce proyectiles enemigos, que le inutilizaron el bote y le causaron un pequeño incendio en la cabina de su comandante, pero sólo sufrió dos heridos entre su dotación, y el buque quedó reparado el 27 de mayo, operando posteriormente en la guerra hacia Varadero en combinación con el Ejército. Y ello pese a que los primeros informes le daban como hundida, y que su comandante, al quedarse sin municiones, pensó en zaborarlo, orden que no llegó a darse ante la retirada del enemigo.

Se trataba del teniente de navío Domingo Montes Reguefeiros, de Santiago de Cuba, que había merecido ya anteriormente en la insurrección cubana sendas cruces al Mérito Naval y Militar; su heroica conducta de ahora le valió la Cruz de María Cristina y la de San Fernando. Su barco se había también distinguido, al apresar al buque filibustero *Genoveva* con el cabecilla Aguirre, así como a la goleta *William Todd*, con fusiles para los rebeldes. Al mando de Montes, el remolcador fue testigo de la explosión del *Maine*, colaborando en las labores de rescate y apartando al crucero *Alfonso XII* y transporte *Legazpi*, que había perdido las amarras por la explosión, del área del desastre.

La victoria fue pues completa, no volviendo el enemigo a intentar entrar en Cárdenas. Pero sólo al día siguiente del combate se comenzó la instalación de ocho viejos y pequeños cañones de costa por el capitán de Artillería Severo Gómez Núñez, autor de un interesante estudio sobre la guerra. Un día antes, esos cañones, pese a sus limitaciones, hubieran podido convertir el revés norteamericano en una derrota mucho más dura, pero así el mérito recayó por entero en las pequeñas lanchas cañoneras, que, increíblemente, se acreditaron como auténticos «cazatorpederos».

La campaña de Manzanillo

Los combates navales que tuvieron lugar en este puerto forman, en conjunto, la tercera campaña naval en importancia de la guerra, aunque a considerable distancia de las dos más relevantes. El hecho se explica por su valor estratégico y por un grave error de los mandos estadounidenses. Creyéndolo de escasa importancia, no se ordenó bloquear el puerto, lo que hizo que entraran en él varios forzadores de bloqueo con las ansiadas provisiones. Como la plaza era cabecera de una de las divisiones del ejército expedicionario español en Cuba, y al no estar vigilada ni amenazada por fuerzas enemigas, se pudo formar allí la brigada que, al mando del coronel Escario, con casi 4.000 hombres y varios cañones, acudió en ayuda de Santiago de Cuba, fuerza que, de no ser por otros factores, hubiera podido decidir la campaña. Así que



Crucero *Reina Mercedes*, perdido en Santiago de Cuba. (Foto: Servicio Histórico del Estado Mayor de la Armada).

cuando el mal ya estaba hecho, pues Escario partió el 22 de junio, el día 27 el presidente McKinley ordenó que el olvidado puerto fuera atacado.

Para ello se reunió una escuadrilla de cañoneros auxiliares: el *Hist* (ex *Thespia*) de 472 toneladas, armado con 1x47, 4x37 y una ametralladora Colt; el *Hornet* (ex *Alicia*) de 425 toneladas, con 2x57, 1x47 y 2x37, y el remolcador *Wompatuck* (ex *Atlas*) de 462 toneladas, con 3x47 y una Gatling. Iban mandados por los tenientes Young, Helms y Jungen, respectivamente, tomando el mando el primero como más antiguo. Como en Cárdenas, contaban con la ayuda de un práctico cubano para entrar en el puerto.

Cercanos a su objetivo, y frente a Niquero, toparon con la pequeña cañonera *Centinela*, un yate de vapor construido en los Estados Unidos, de 30 toneladas, y armado con dos piezas de 37 mm, al mando del teniente de navío Claudio Aldereguía. El resultado no podía ser dudoso y, pese a su resistencia, la cañonera, con más de 25 impactos a bordo, una vía de agua, la máquina averiada, con un fogonero muerto y varios heridos y contusos, tuvo que embarrancar para evitar su hundimiento. Los norteamericanos la dieron por perdida y siguieron adelante con su misión, pero lo cierto es que la esforzada dotación consiguió reparar su barco con sus propios medios y se pudo incorporar unos días después a su base de Manzanillo, a la que había intentado alertar con su resistencia.

Sin embargo, la noticia, transmitida por heliógrafo, llegó con retraso a Manzanillo, pero afortunadamente se estaba alerta. La escuadrilla allí destacada se componía de cuatro cañoneras: la *Guantánamo*, de la serie de *Ve* Murguía; la *Estrella*, de la de Forrest, cuyas características ya conocemos, así

como la *Delgado Parejo*, antiguo yate estadounidense *Dart*, regalado a la Armada por la colonia española en Nueva York, con 85 toneladas, con 1x57 y una Maxim, y la *Guardián*, ex yate *Azteca*, regalado por su propietario, el naviero A. Menéndez, de 65 toneladas, y armada con 1x42 y una Maxim. Esta última no podía navegar por avería en la máquina.

Aparte figuraba el viejo cañonero de madera *Cuba Española*, construido en La Habana por Casablanca en 1870, ya inútil, con su viejo casco de 255 toneladas y un anticuado cañón Parrott de avancarga de 13 cm por armamento, y un viejo velero, adquirido pocos años antes para servir como pontón, con el mismo armamento y rebautizado *María*.

La tarde de aquel 30 de junio era lluviosa y había poca visibilidad; sin embargo, el vigía del puerto señaló a las 1530 h a los intrusos que entraban en él. El jefe español era el teniente de navío de primera clase (hoy sería capitán de corbeta) Joaquín Gómez de Barreda, comandante del puerto, quien no impresionado por la debilidad y estado de su fuerza izó su insignia en el *Delgado Parejo* y seguido por la *Guantánamo* y la *Estrella*, se dirigió contra el enemigo, mientras los dos pontones y la inmóvil *Guardián* la apoyaban desde sus fondeaderos.

Manzanillo no estaba defendido por minas y, en cuanto a baterías, sólo había tres anticuadas piezas de campaña de ocho y nueve cm, prácticamente inútiles en un combate naval, salvo a efectos morales; así como el apoyo, de nuevo poco más que moral, de algunos fusileros apostados en los muelles. Así que el peso principal de la acción iba a recaer en tres cañoneras, que juntas no sumaban la mitad del desplazamiento de cada uno de sus tres enemigos, y que reunían seis piezas ligeras contra las 13 atacantes.

A las 1545 h se rompió el fuego por ambas partes, cayendo el alcance rápidamente hasta alrededor de una milla náutica y, pese a su inferioridad, la suerte favoreció a los veteranos españoles sobre los recién movilizados y reservistas estadounidenses. Tras una hora de fuego, el resultado no era dudoso: el *Hist* había recibido once impactos directos y varios metrallazos y rebotes más; el *Hornet* había tenido menos suerte, recibió seis impactos directos, uno de los cuales le había hecho estallar una caja de municiones, otra granada le había seccionado la tubería principal de vapor, abrasando a tres fogoneros y quedando el buque inmóvil y derivando peligrosamente hacia un banco de arena, de donde le sacó el *Wompatuck*, que había recibido otros tres impactos, uno de ellos en la ballenera, y tenía uno de sus cañones inútil por avería. A la baqueteadada flotilla no le quedó sino retirarse apresuradamente, acompañada por los vítores y aclamaciones de los defensores, que no pudieron rematar su victoria por su escasez de municiones y la imposibilidad de reemplazarlas en un previsible futuro.

Los buques españoles habían sufrido ligeras averías y las siguientes bajas: en el *Delgado Parejo* murieron dos hombres, otros dos resultaron heridos leves y contuso su comandante, el teniente de navío Ángel Ramos Izquierdo; en el *María*, que soportó el mayor castigo, dos heridos y dos contusos, y otro

contuso más en el *Guardián*. En tierra hubo tres heridos leves en la guarnición y dos entre la población civil.

Los partes americanos son mucho menos detallados en lo referente a las bajas, que dicen se redujeron a los tres quemados en el *Hornet*, lo que parece poco probable, pues ni siquiera estos tres, de los que al menos murió uno, aparecen en el recuento general de bajas de la campaña, lo que induce a pensar en un ocultamiento.

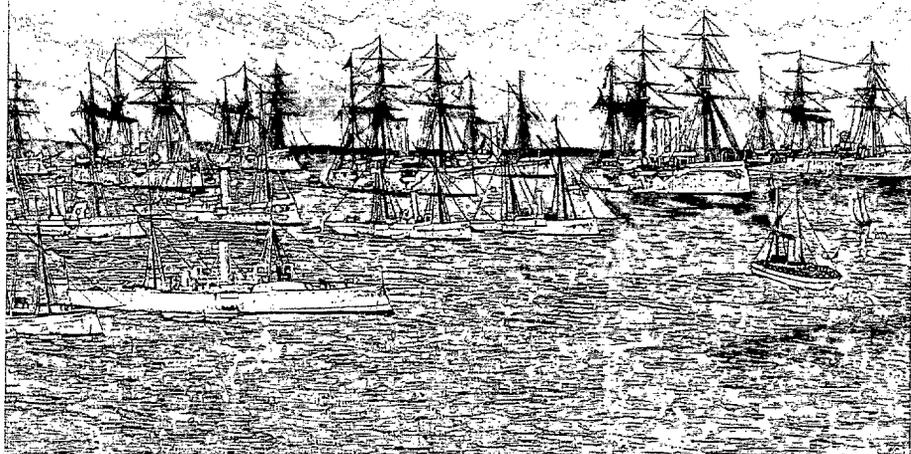
De hecho los partes de los tres comandantes ofrecen versiones contradictorias y poco ajustadas a la realidad. Young afirma que la acción duró una hora y cuarenta minutos, Helm que 45 minutos, y Jungen que 55 minutos. Evidentemente impresionados por sus enemigos, hablan de que combatieron con ¡nueve! buques, algunos de gran tamaño, armados con piezas de hasta seis pulgadas, entre los que había un torpedero (no había ninguno español en Cuba), apoyados por numerosas y poderosas baterías de costa, y pese a ello consiguieron hundir a varios, incluida una goleta llena de fieros españoles dispuestos al abordaje.

El valor de tales partes quedó palmariamente demostrado el día siguiente, el 1 de julio, a eso de las 1600 horas. Otra formación estadounidense se dispuso a lo que no debía ser sino completar la destrucción del día anterior. Los buques atacantes ahora eran el *Scorpion* (ex *Sovereign*), prácticamente un crucero auxiliar con sus 850 toneladas y armamento de cuatro piezas de 127 mm y seis de 57 mm, y el remolcador *Osceola* (ex *Winthrop*) de 571 toneladas, con 2x57, 1x47, una Gatling y una Colt. Iban al mando, respectivamente, del teniente-comandante Marix y del teniente Purcell.

Esta vez la distancia de combate fue mayor, en torno a los 2.500 metros, seguramente para aprovechar el alcance de las piezas de cinco pulgadas, una granada de la cuales hubiera bastado para echar a pique o averiar seriamente a una de las cañoneras. Sin embargo, el resultado no fue muy distinto: tras 25 minutos de fuego, el español, inicialmente algo corto, mejoró sensiblemente alcanzando con doce impactos al *Scorpion*, de los que sólo uno perforó el costado (debido seguramente al escaso alcance y potencia de las ligeras piezas españolas), pero sembrando la cubierta de metralla. El *Osceola* no reportó impactos, pero señaló que una de sus piezas se había inutilizado. No se registraron bajas. De nuevo magnificaron a sus contrincantes, hablando de un cañonero de unas 1.000 toneladas y otros dos de 300 a 400, aparte de poderosas baterías. Por ello Marix ordenó la retirada.

Los españoles anotaron sólo algún impacto en el *María*, donde se produjeron dos heridos y algún contuso. Significativamente se recogieron poco después en tierra hasta 19 granadas enemigas de cinco pulgadas que no habían estallado.

Barreda había conseguido, contra todo pronóstico, una segunda y aún más meritoria victoria, al hacer un magnífico uso de sus muy limitados medios, dando la sensación al enemigo de que se enfrentaba con una fuerza mucho mayor. Pero no se durmió en los laureles: ordenó remolcar a los dos pontones



Las fuerzas navales coloniales españolas en las Antillas a finales del siglo XIX. (Dibujo de Caula, en la «Ilustración Española y Americana».

hacia puntos en que batieran mejor las entradas del puerto y a la inútil *Guardián* se la despojó de sus municiones para rellenar los exhaustos paños de sus compañeras. El 2 de julio tuvo además la satisfacción de que la *Guardián* se le incorporara, rompiendo el bloqueo enemigo. Juzgando su situación imposible ante un nuevo ataque por la escasez de municiones, pidió al mando se le permitiera romper el bloqueo enemigo y dirigirse a otro puerto donde sus cañoneros pudieran municionarse. Pero tal permiso se le denegó por diversas razones.

El día 3 de julio se produjo la derrota de la escuadra de Cervera, y el 16 capitulaba Santiago; sólo entonces el mando norteamericano se decidió a neutralizar de una vez a la molesta flotilla. La operación tenía todo el aspecto de sacarse la espina de anteriores fracasos, pues sería mandada por el mismo Todd, frustrado en Cárdenas. Para ello se reunieron los cinco buques que antes habían atacado Manzanillo, ya reparados y con un total de siete piezas más en los tres primeros, a los que se unieron los cruceros *Wilmington*, cuyas características ya conocemos, y su gemelo el *Helena*.

A las 0745 h del 18 de julio entraron simultáneamente por tres bocas del puerto los siete buques mencionados, y ahora no se daría ninguna oportunidad a los defensores, aprovechando el mayor alcance de los cuatro cañones de cinco pulgadas y los dieciseis de cuatro; los atacantes abrieron fuego y lo sostuvieron ampliamente por encima de los 3.000 metros que podían alcanzar las piezas ligeras españolas.

Ante aquello, Barreda ordenó abandonar los buques y, salvando efectos y artillería, atrincherarse en tierra, respondiendo al enemigo cuando éste se acer-

caba un tanto. Pero las cañoneras resultaron destruidas por el fuego enemigo, así como tres vapores de la compañía de Antinógenes Menéndez, el *Purísima Concepción*, un hasta entonces afortunado forzador del bloqueo, y los viejos de paleteas, *José García* y *Gloria*, ambos de casco de madera. El total de bajas de la escuadrilla fue de un contramaestre herido, y en la guarnición y población se registraron tres muertos y catorce heridos. Los atacantes no sufrieron daño alguno, no ya de la flotilla, sino de las anteriormente descritas como «poderosas y numerosas» baterías de costa.

Aunque mortificado por la pérdida de los buques, Barreda comunicaba a Manterola estar «más satisfecho de haber salvado a nuestras dotaciones de una hecatombe...» que de sus victorias anteriores. Creemos que la frase refleja al hombre, y que sobran los comentarios.

La situación de la plaza empeoró seguidamente, atenazada por el bloqueo por mar y amenazada por las guerrillas cubanas; el hambre y las enfermedades empezaron pronto a cobrarse un duro tributo, falleciendo cada día una docena de hombres. Parecía una presa fácil, así que el mando norteamericano decidió tomarla en una operación conjunta con las guerrillas cubanas.

Para ello se preparó una fuerza naval al mando del comodoro Goodrich, con insignia en el crucero protegido *Newark*, de 4.100 toneladas, armado con 12x152 y 10 ligeras; los ya conocidos *Hist* y *Osceola*, el primero con su batería nuevamente reforzada por dos de 37 mm; el *Swanee* con dos de cuatro pulgadas y cuatro de 57 mm, y el cañonero exespañol *Alvarado*, capitulado en Santiago, con sus 100 toneladas y armado con uno de 57 mm y una Maxim. Acompañaba a la fuerza el transporte *Resolute*, con 4x57 mm, donde iba embarcado el batallón de marines del coronel Huntington.

El bombardeo se inició a las 1540 de la tarde del 12 de agosto, mientras las fuerzas cubanas atacaban por tierra. A las 1615 Goodrich creyó observar que los atacados izaban bandera blanca, por lo que suspendió el fuego y envió al *Alvarado* con bandera de parlamento, seguido poco después por el resto de los buques. Al ver aquel despliegue, los españoles creyeron que todo era una añagaza, por lo que la marinería rompió fuego de fusil con los dos o tres cañones que habían conseguido salvar, siendo entonces cuando fueron alcanzados por primera vez los buques americanos, entre ellos el *Osceola* por una granada que hizo reventar una caja de municiones y el *Swanee* que recibió tres balazos de fusil en su bandera, provocando la inmediata retirada de los atacantes hasta la segura distancia de cinco mil metros. Desde las 1730 continuó el bombardeo únicamente el *Newark*, con el fin de agotar a los defensores, de forma intermitente, pero con el pesar de que una cuarta parte de sus granadas no estallaban por defectos en la espoleta. Mientras, el ataque por tierra de los cubanos había fracasado, y los marines esperaban la orden de desembarcar.

Pero aquella noche se supo en la plaza que ese mismo día se había firmado el armisticio entre España y los Estados Unidos. Barreda no dudó en embarcarse en una pequeña lancha para comunicarlo a la flotilla atacante, pero, y pese a

ir iluminado con tres faroles blancos para demostrar sus pacíficas intenciones, el buque fue tomado por un torpedero, y cañoneado. A la mañana siguiente se deshizo el malentendido y la heroica resistencia pudo terminar. Esta última lucha había costado cuatro muertos y 17 heridos, entre la guarnición de la plaza de tierra y mar, y dos muertos y catorce heridos entre la población.

Don Joaquín Gímez de Barreda recibió la Cruz de María Cristina por los combates navales y la del Mérito Militar por su defensa hasta el extremo del puerto y costa. Tal vez fueran algo cortas las recompensas, pero lo que no parece tener explicación es la escasa resonancia posterior que han tenido los hechos que protagonizó.

La flotilla de Manzanillo, pese a sus limitaciones y estado, fue capaz de vencer por dos veces a fuerzas superiores. Enfrentada por tercera a una ya irresistible, abandonó a los ya castigados barcos con un mínimo de bajas y siguió luchando, con muy escasos recursos de todo género, rechazando a un enemigo que había aprendido a ser muy cauteloso prolongando la resistencia hasta el armisticio, y cediéndole sólo un incompleto y costoso triunfo cuyo único relieve consistió en la destrucción del pequeño forzador del bloqueo y de los dos viejos vapores de ruedas.

Hubo otros combates menores en aguas cubanas y de Puerto Rico; algunos fueron afortunados, otros adversos, los más indecisos, pero ninguno tan encarnado como los que tuvieron lugar en Cárdenas y Manzanillo. En unos y otros se mostró lo que pueden el valor, la decisión y la profesionalidad frente a fuerzas incomparablemente superiores.

Tal vez no sería mala idea el que la Armada perpetuara la memoria de tales hechos dando su nombre a alguna de sus unidades.

Agustín R. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
Círculo Naval Español

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

- DORWART, J. M.: *A Mongrel fleet: America buys a navy for fight Spain, 1898*. «Warship International», n.º 2 de 1980, pp. 141-155.
- FEUER, A. B.: *A hot greeting for the attacking American fleet was followed by a remarkable rescue off the Cuban coast*. «Military History», octubre de 1995, pp. 82-88.
- LLABRÉS, Juan: *Fin de nuestro Apostadero y Escuadra de las Antillas, 1898*. REVISTA GENERAL DE MARINA, año 1965, pp. 70-93.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A. R.: *Operaciones menores en Cuba, 1898*. «Revista de Historia Naval», n.º 9, 1985, pp. 125-145.
- Partes americanos: *Appendix to the report of the chief of the Bureau of Navigation, Navy Department, Washington, 1898*.
- Partes españoles *Operaciones Navales de la Guerra con los EE. UU.* Imprenta de Infantería de Marina, Madrid, 1899.
- Expediciones, asuntos particulares e históricos (años 1898-99), expedientes personales, Cuerpo General, recompensas, historial del buque *Antonio López*. Archivo de la Armada Don Álvaro de Bazán.